

Coll, Marcela Inés

gsimon@arnet.com.ar

Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes

Universidad Nacional de San Juan.

Área de interés: Discursos, lenguajes, textos.

Palabras claves: autoayuda- narrativas - control social

UNA NARRATIVA DE CONTROL SOCIAL: ACERCA DEL GÉNERO "AUTOAYUDA".

I- Nos proponemos abordar la denominada "literatura de autoayuda" como discurso emergente y sintomático de la "crisis de las representaciones sociales"^[1]. Al respecto señala Castoriadis que "el proceso identificatorio, la creación de un 'sí mismo' individual-social pasaba por lugares que ya no existen, o que están en crisis; pero también porque (...) no existe ninguna totalidad de significaciones imaginarias sociales o no emerge ninguna que pueda hacerse cargo de esta crisis de los apuntalamientos particulares" (Castoriadis, 1997:157).

Esta crisis, según el autor, trata de derivar de una especie de ética, los criterios capaces de orientar los actos y comportamientos individuales. En este marco, resulta interesante analizar el género de autoayuda en tanto que puede ser leído como el reverso de esa crisis, esto es, su denegación y olvido.

Inscribimos la autoayuda dentro de lo que Mumby denomina narrativas de "control social" en tanto dispositivos orientados a la normalización de conductas. Esta normalización implica la puesta en discurso de parámetros, sistema de valores, estereotipos con los cuales pueden ser "medidos" los deseos, los imaginarios y las prácticas de los sujetos.

Si bien los textos de autoayuda datan de algunas décadas, este género cobró un auge inusitado a partir de los '90^[2]. Estos textos pueden ser leídos como textos prescriptivos en

tanto se presentan como verdaderas técnicas de modelamiento de uno mismo con el fin de plasmar en uno mismo un ideal, un modo ejemplar de ser y aparentar. Se trata de un conjunto de reglas/consejos que deben ser leídos, aprendidos, meditados y utilizados. La construcción de este ideal sólo puede realizarse sobre la base de ciertos “imaginarios” que incluyen lo deseable y permitido (zona de lo permisible) por una sociedad para la cual el deseo debe ser funcional, jamás “transgresivo”.

Resulta significativo que al género “autoayuda” suscriba una elite de lectores. Decimos ‘elite’ porque aunque es una producción que se presenta como literatura de alcance masivo, está destinada sólo a un sector. En todo caso se puede pensar en un “efecto de masivo” (Simón, 2005: 51). Es justamente la ‘gran mayoría’ la que queda excluida de los destinatarios y de los imaginarios que configuran estas narrativas.

Sus destinatarios se inscriben en un régimen de visibilidad. Son mostrados –en una suerte de exhibición y/o ejemplo de predominante soporte massmediático– ciertos seguidores-lectores “famosos” que encarnan modelos de vidas que les permiten construirse a sí mismos como hombres de “éxito” (el mito del *self made man*). Se presentan y autopresentan como “figuras ejemplares que funcionan como modelos de vida y moldean imaginarios de vidas” (Simón, 2005: 58). Proponen un ideal tan estereotipado como inalcanzable: el bienestar pleno el cual pertenece al orden de lo utópico.

Otra de las particularidades del género son las variadas funciones que cumple esta literatura, si bien ya señalamos al comienzo que pueden ser leídos, sobre todo, como textos prescriptivos, textos que integran todo un dispositivo de control social. Entre las varias funciones, mencionamos: entretenimiento, material didáctico, literatura, textos de reflexión para talleres de autoayuda.

Los textos de autoayuda, en tanto discursos funcionales a la cultura postcapitalista, instauran un nuevo tipo de sujeto: el individuo desarraigado de su contexto social. Son textos que proponen la utopía de un hombre exitoso, quien tiene el poder de controlar su vida toda a través del ejercicio de su voluntad y el cumplimiento de ciertas técnicas y recetas, que ofrece esta sociedad terapéutica. La utopía pareciera ser: es posible un camino hacia la felicidad y los “métodos” para conseguirla son los mismos para cualquier sujeto.

Esto se plantea desde una lógica que instala una naturalización: todos tenemos los mismos anhelos.

En el marco de lo anteriormente señalado, entendemos con Ferguson que “la autoayuda es caricaturesca en sí misma. Si la autoayuda funciona la sociedad colapsa.”(en Pérez, 2003:72). Dice Will Ferguson en su parodia de estos textos: “si la autoayuda funcionara se terminaría el mundo tal como lo conocemos. Aparecería invadido por una devastadora plaga de felicidad humana, una epidemia de cálidos y atolondrados abrazos” (en Pérez, 2003:73)

En cuanto a su denominación “auto-ayuda” –en “la que el prefijo ‘auto’ necesariamente convoca el prefijo ‘hetero’” (Simón, 2005: 53)–, la propuesta pareciera decir “yo puedo solo ayudarme a mí mismo”. Sin embargo solamente la voz del terapeuta-escritor-especialista puede mostrar el camino, en tanto y en cuanto todo puede ser controlado, también el “malestar” de esta, nuestra época.

II- En el marco de lo señalado, abordamos el texto *Recuentos para Demián* de Jorge Bucay (1998), como “ejemplo” y “muestra” de estas narrativas. Nos proponemos interrogar el texto a partir de la localización de algunas estrategias de enunciación así como también a partir de la explicitación de algunas condiciones de producción, circulación y efectos discursivos. De entre los libros publicados por el autor elegimos éste como representativo puesto que fue uno de los de mayor circulación hacia finales de los '90 y de los que lo posicionó en el lugar de la fama mediática.

El autor-enunciador de *Recuentos...* es (se presenta como) un médico psiquiatra que suscribe a la ‘filosofía gestáltica’, dedicado a la tarea de “ayudador profesional”, según sus propias palabras. Si bien nuestro análisis se centra en lo discursivo (no es nuestro propósito analizar los textos desde sede psicológica) consideramos pertinente revisar algunos conceptos explicitados por el autor acerca de esta corriente psicológica, presentada como “marco teórico” de sus planteos.

“La tercera línea (...) está integrada por todas aquellas escuelas psicoterapéuticas que focalizan su tarea en el presente.

Desde el punto de vista general, partimos de la idea de no investigar el origen de los sufrimientos ni elegir conductas para saltar ese sufrimiento; más bien la tarea se centra en establecer qué está pasando con esta peculiar persona que consulta y para qué está ella en esta situación. (...)

Por otro lado, si bien es capaz de fertilizar el proceso de mejor contacto con la realidad actual, anida el peligro de promover en los pacientes, aunque sea por un rato, la idea de una filosofía de vida pasatista y liviana, una postura de ‘vivir el momento’ que no tiene nada que ver con el ‘presente’ que estas escuelas plantean, el que por supuesto admite y requiere muchas veces de la experiencia y de los proyectos de vida.”(Bucay, 1998: 66-67)

En cuanto a su encuadre genérico, su título reenvía a un género literario canónico – el cuento– investido en este caso con una función específica: como un “arma didáctica y terapéutica”.

Recuentos para Demián, subtulado “los cuentos que contaba mi analista” está estructurado por un prólogo, cincuenta apartados y un epílogo. En el prólogo el autor- ‘enunciador’ se refiere a la génesis del texto, la que ya se puede inferir del subtítulo, los relatos son retomados de su práctica terapéutica. En lo que concierne al argumento, éste se estructura a partir de las sesiones entre *Demián* –el paciente– y *El Gordo* –el terapeuta–.

Esta estructura y la relación entre estos dos personajes dan unidad a la trama y funcionan como marco de los cuentos –en tanto relatos del terapeuta al paciente–. A partir de alguna situación problemática planteada por el paciente se intercala algún cuento a modo de relato enmarcado, cuya relación con el problema planteado debe ser establecida por el ‘paciente’, operación de interpretación que es metonímica con respecto del lector. Los cuentos son tomados de las más diversas fuentes: de la cultura oriental, de la religión judeo-cristiana, refranes y frases populares y unos pocos de “elaboración propia del autor”, tal como lo señala el enunciador en el prólogo y en la cita de fuentes bibliográficas.

En el texto analizado se “representa”, se “pone en escena” una “conversación cotidiana” entre un paciente y su terapeuta. Esta situación por el solo hecho de ser representada (ficcionalizada) podría ser considerada como un género secundario[3], no obstante advertimos que esta representación no ha perdido su relación inmediata con la ‘realidad’, característica propia, según Bajtín, de los géneros primarios. Se presenta una ficción que no es tal, pues se produce una clara identificación entre el personaje-paciente y el lector, también paciente (alumno) que debe escuchar y aceptar la propuesta de un maestro que sabe más (maestro que se parece demasiado a Bucay).

Aún debemos reflexionar sobre los “orígenes” del texto, decimos de los orígenes según se enuncian en el texto mismo: surge de la práctica terapéutica del autor –situación de comunicación real y concreta–. Nos preguntamos acerca de la reelaboración de esa situación, que implicaría un género secundario o complejo: excepto por su brevedad, pareciera una simple transposición de las sesiones con el terapeuta a un código escrito. Ese es en todo caso, uno de sus efectos de sentido: la “naturalidad”.

También resulta pertinente recordar, desde los aportes bajtinianos, la función que los géneros cumplen en cierta esfera de la actividad humana. Es esta función cultural, vinculada a lo temático la que condiciona el aspecto compositivo: el tipo de inicio y conclusión, el vocabulario, la relación jerárquica hablante-oyente, la relación con el discurso ajeno.

Para abordar las funciones que el género de la ‘autoayuda’ cumple, en primer lugar, nos referimos al vocabulario utilizado. Este es simple, sin rodeos[4], en algunos casos se detiene en diferenciaciones semánticas irrelevantes en apariencia, pero que a nuestro juicio dilatan y refuerzan las ideas que ‘quieren ser transmitidas’: no es lo mismo ‘resignarse’ que ‘aceptar’, ‘mentir’ que ‘ocultar’, ‘franqueza’ que ‘sinceridad’. Esta simplicidad del estilo respondería a la función “pedagógica” y, por lo tanto, a la construcción que desde la enunciación se hace de los enunciatarios, los que están en una relación asimétrica en el orden del saber y del poder.

Otro rasgo de su estilo es la “sobresaturación semántica”. En este sentido la “insistencia” puede ser leída como otra ‘estrategia didáctica’. En cuanto al tono, al estilo y al abanico temático de lo que se reitera, podemos sintetizarlo con Abraham “la literatura de

autoayuda es, por lo general, benevolente. Quiere transmitir esperanzas. Por eso no hay que complicar” (Abraham, 2000: 375).

Con respecto a la relación que se establece entre enunciador-enunciario, ya señalamos una marcada asimetría, la cual se repite en diferentes planos:

- entre el escritor- enunciador, poseedor de un saber y una experiencia que lo autorizan a escribir estos cuentos, para ‘enseñarnos’, ‘dar recetas’ de vida y los enunciatarios que son configurados en el rol de aprendices que deben aceptar la propuesta para ‘aprender a vivir mejor’. El saber del escritor-enunciador está legitimado, entre otras estrategias, por la recurrencia a citas de autoridad. La cita de autor además funciona en este sentido como efecto de verdad. Efecto que retomamos más adelante con respecto a la tendencia monológica del texto.

- entre el Gordo y Demián: el paciente llega a esta terapia en una situación de malestar, de imposibilidad para resolver sus “problemas vitales” (no sabe/no puede). Sus conflictos forman parte de un espectro de malestares individuales, problemas tales como relaciones con los padres, con su pareja, con amigos, con el estudio, con el trabajo: “Algo debía andar mal en mí, porque tenía dificultades en mis relaciones con la gente” (Bucay, 1998:17)

El paciente quiere intentar su ‘curación’ y emprender el recorrido del aprendizaje, recorrido que aparece asociado a la idea de un proceso que implica a la vez un progreso. Recorrido este que nuevamente reenvía a la figura de un maestro que se presenta como competente en el orden del saber y del poder para dirigir este proceso, maestro que indudablemente se identifica con el escritor.

- en la mayoría de los relatos enmarcados se repite la misma estructura: aparece un personaje que sabe más y enseña a un aprendiz. En este sentido hay un juego especular entre enunciación y enunciado. Podemos citar algunos cuentos, tales como: *El verdadero valor del anillo*, *El rey ciclotímico*, *Carpintería “El siete”*, *El plantador de dátiles*, entre otros.

III- El texto analizado comparte algunas de las características que Abraham (2000) atribuye a la literatura de autoayuda, la cual aparece como la forma contemporánea de un

nuevo arte de vivir (¿simulacro de una nueva ética?). En este sentido, como señala el autor, en esta literatura se impone la búsqueda de un guía orientador que nos ayude a realizar un adecuado trabajo sobre nuestros sentimientos para adquirir el “poder mental” que nos garantizará el “éxito en la vida”.

Destacamos la falta (¿la elipsis?) de anclaje en un contexto social y geo-temporal de estos relatos. Creemos que tal elisión produce, entre otros, un efecto de sentido: el de la universalización de la condición humana, por lo tanto su simplificación y su “naturalización”. Esta elisión también puede leerse en relación con la utopía del individualismo como única vía posible de “salvación”.

En cuanto a la emergencia del género ‘autoayuda’, estaría relacionada, entre otras condiciones de producción, con:

- un “*dispositivo de salubridad social*”^[5] que es en la actualidad un eje clave para la formación de subjetividades en nuestras ‘sociedades terapéuticas’ (...) ‘terapia es la palabra que tiñó la construcción de las subjetividades de nuestro siglo. Primero por una cuestión de salud y luego por la cuestión de la calidad de vida’”. (Simón, 2005: 20)

- la “época del posdeber” (Lipovestky, 1996): “La cultura del bienestar no se concibe sin todo un arsenal de normas, de informaciones técnicas y científicas que estimulen el trabajo permanente de autocontrol y vigilancia de sí: tras el imperativo categórico, el imperativo narcisista glorificado sin cesar (...) la felicidad individualista es inseparable de (...) la gestión óptima de uno mismo.” (Lipovestky, 1996: 55)

- la producción y divulgación de la literatura de autoayuda aparece como una cultura funcional del capitalismo avanzado. En ella se trata de configurar un hombre optimista, positivo, fundamentalmente sonriente que pueda ser aceptado por un otro que también forma parte de esta sociedad de consumo. En este sentido esta literatura coincide con la aparición de un nuevo sujeto: el individuo y con la imposibilidad de pensar proyectos colectivos (Abraham, 2000).

IV- Como señalamos anteriormente, el texto se construye desde el monológismo^[6]. El predominio de la visión de mundo y la voz del autor por sobre la del personaje y la de los lectores se materializa (además de las otras marcas textuales ya

analizadas) a través de diferentes recursos como la tipografía que indica la “mejor manera” (¿la única?) de leer-interpretar la programática propuesta. Aparecen frases destacadas por el tamaño de las letras, resaltadas con negritas, encerradas en un recuadro, repeticiones. Hay una profusión de sentencias que funcionan a modo de moralejas de los relatos didácticos más tradicionales. A través del prólogo y del epílogo el enunciador-terapeuta prescribe el recorrido de lectura que deben realizar sus lectores-pacientes.

“Estos cuentos que acabas de leer
son apenas algunas piedras.
Piedras verdes,
piedras amarillas,
piedras rojas.
Estos cuentos,
han sido escritos sólo
para señalar un lugar o un camino.” (Bucay, 1998: 277)

Podemos afirmar entonces que estamos frente a una programática prescriptiva que se enuncia por medio de una retórica del orden de los afectos. Se trata de un enunciador pedagógico que desempeña el rol de maestro amoroso: cuida a su destinatario, su voz protege y ama. Exige del otro una entrega, una lectura que sea al mismo tiempo conversión personal. Cada cosa que dice debe ser meditada y hecha carne. Una manera de “aludir a la especificidad de esta retórica es pensarla desde la iteratividad” (Simón, 2005: 84). Estas narrativas “padecen una sobresaturación semántica, dicen mil veces lo mismo...nos embelesa porque nos cuida, su voz es una voz que nos protege y nos ama”. (Abraham, 2000: 396).

V- Si consideramos con Bajtin que los discursos en general se alimentan de los discursos activos (ideológicos, religiosos, artísticos, sociales) de una sociedad y una época, o reaccionan contra ellos, resulta relevante analizar los imaginarios sociales que el género de autoayuda cristaliza. De acuerdo con Castoriadis, en la actualidad el modelo

identificadorio general –el paradigma, podemos decir– es el del individuo que gana y disfruta lo más posible. La inmersión e invención en/de un mundo de trivialidades es una fuga desesperada del sufrimiento y de la muerte, que pretenden ser ‘exiliados’ de nuestra sociedad. Esta crisis del proceso identificadorio “responde en parte a la ausencia de una autorepresentación de la sociedad como morada de sentido y de valor, y como parte de una historia pasada y futura. No hay un ‘nosotros’ ” (Castoriadis, 1997:155).

De algún modo esta “literatura” de la inmediatez proyecta sobre un telón un film del ‘olvido’ social. Intenta (¿vano intento?) ser un bálsamo para aliviar los dolores individuales. El contexto socio-político no se objeta, ni siquiera ‘se dice’ pues “en estas narrativas de impronta individualista, centradas en el voluntarismo lo inesperado es lo social” (Simón 2005: 61).

La autoayuda es un género que da respuestas para lo inmediato, para el corto plazo, respuestas que anestesien momentáneamente angustias y dolores individuales y sociales. Su efecto es, en cierta medida, la admisión de un estado de pasividad; la conformidad de hacer creer y creer que ‘está todo bien’.

Referencias bibliográficas

- Abraham, Tomás *La empresa de vivir*. Sudamericana, Bs. As., 2000.
- Bajtín, Mijail *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI, Bs.As., 1998
- Barthes, Roland *Mitologías*, Siglo XXI, México, 1997.
- Bucay, Jorge *Recuentos para Demián*, Nuevo Extremo, Bs. As., 1998.
- Castoriadis, Cornelius *El avance de la insignificancia*, Eudeba, Bs. As., 1997
- Lipovetsky, Gilles *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- Mumby, Dennis, comp. *Narrativa y control social*, Amorrortu, Bs. As., 1997.
- Pérez, Martín “Un escritor contra la autoayuda. ¿La Felicidad? ¡Ja Ja Ja Ja!” en *Revista TXT Año 1 N° 21* Bs.As., 08-8-03, pp, 72-73.
(Nota sobre Will Ferguson), 2003.

Simón, Gabriela *Hacer(se) un cuerpo. Una aproximación semiótica a narrativas del cuerpo en semanarios de la Argentina de los '90*, Effha, San Juan, 2005.

[1] El presente trabajo fue realizado al interior del Proyecto de investigación que integro: “El vocabulario semiológico de Roland Barthes”, Código: 21/F730, dirigido por la Mgter. Gabriela Simón, subsidiado por la SeCyT de la UNSJ y con sede en la FFHA de la UNSJ.

[2] Se trata de publicaciones que baten *records* de ventas, se convierten en *best seller* en pocos días y sus autores ocupan los primeros planos en los medios. Son verdaderas máquinas productoras de dinero. Tienen una significativa circulación y difusión entre los profesionales de la psicología (entre otros destinatarios), quienes no pocas veces los utilizan como herramienta terapéutica.

[3] Abordamos la noción de género desde Bajtín. El autor señala que los enunciados de una lengua presentan tipos relativamente estables elaborados en cada esfera de la praxis social. Estos tipos son denominados géneros discursivos y se clasifican en primarios o simples y secundarios o complejos. Los primarios pertenecen a situaciones concretas y reales de comunicación discursiva inmediata. Cuando se convierten en una situación convencionalizada y construida, es decir, representada, estamos frente a un género secundario. Este surge de la comunicación cultural más compleja y principalmente escrita. Los géneros secundarios absorben y reelaboran diversos géneros primarios, los cuales se transforman. Ver Bajtin, 1998.

[4] Acerca de su estilo, declara Bucay en algunas entrevistas, que escribe como habla, que su idioma es fácil y entendible.

[5] Cursiva nuestra

[6] Monologismo que atraviesa otros textos suyos: una saga titulada *Hoja de ruta* que incluye cuatro tomos titulados: *El camino de la autodependencia*, *El camino del encuentro*, *El camino de las lágrimas* y *El camino de la felicidad*.